



Pío Cigale

Luis Quintana Tejera*

Un extraño con nombre de Papa y apellido francés visitaba frecuentemente el negocio de don Alcibiades. Al hijo menor le gustaba oír sus locas aventuras y participar en ellas desde el obscuro espacio que siempre está reservado para el tímido escucha. Pío Cigale era poco menos que un mendigo y consumía – en esa especie de pulpería contemporánea abierta a todo el público de la campaña de Maldonado–, el buen vino tinto que resultaba reclamado por diversos personajes de extraña condición y peregrinas garantías. Allí asistía también el viejo enigmático de la larga barba negra cuyo nombre se me pierde en la nebulosa de aquellos tiempos – llamémosle simplemente don Ángel Sánchez–; además, don Lorenzo, sencillamente Lorenzo, con un apellido que no recuerdo, porque cuando lo conocí ya no lo usaba. Lorenzo, el hombre que terminó trabajando en la panadería y que invitaba a Luis a comer chorizo con pan en aquellas tardes calurosas de verano, que se volvían más candentes aún bajo el influjo avasallador del horno implacable.

Pero no permitamos que el entusiasmo al rememorar nos aparte del tema central de nuestra diégesis; no toleremos que la máquina de novelar se desvíe hacia otros motivos –tan dignos como el de este humilde bardo de la ignorancia–. Vayamos así y entremos juntos en el espacio infinito del recuerdo. Tomemos en nuestras manos temblorosas el Tabaré de Zorrilla y tratemos de leerlo atentamente para comprender aún más a Pío Cigale.

Don Pío terminó siendo un verdadero personaje en aquel recinto en donde tantas pasiones nacían y morían al mismo

tiempo. Él llegaba casi borracho en los atardeceres fernandinos y se iba completamente ebrio; ebrio de vino tinto y de recuerdos, ebrio de ama-

neceres que le aguardaban con el infinito dolor de la soledad, ebrio de luz y huérfano de amor.

Poco a poco fue ocupando un lugar en el corazón de muchos de los habitantes de aquella panadería. Su dipsomanía lo arrastraba al encuentro del vino de la tarde, y su amor por la compañía de otros le hizo quedarse a compartir con ellos breves momentos, sentado en un taburete; ya fuera en la vereda del negocio, ya en la parte trasera del mismo; ahí se podía ver en muchos atardeceres al enigmático Cigale flanqueado por varios de sus seguidores fieles.

Su discurso era como son todos los discursos de los borrachos; o, mejor aún, su discurso estaba integrado por una sucesión semántica afiebrada, pero sencillo; lo caracterizaba una monolítica expresión que intentaba transmitir tantas ideas sin entender realmente ninguna.

Cuando recuerdo a Cigale mi corazón se llena de una nostalgia indescifrable, de una alegre angustia que parece no calmarse con nada.

En determinados momentos de su aguardentoso decir – nadie pudo explicarlo nunca, porque para hacerlo hubiera sido necesario penetrar hondamente en ese misterioso rescoldo del hombre que es su alma–, se ponía a recitar algunos versos de la Introducción del poema de Juan Zorrilla de San Martín ya mencionado en este relato. "Levantaré la loza de una tumba" –decía, y continuaba con aquel convencimiento que hubiera sido suficiente para entronizar eternamente a un bardo cantor,¹e

* Facultad de Humanidades, UAEM. Tel.: 213 14 07. Correo electrónico: qluis@toluca.podernet.com.mx

internándome en ella encenderé en el fondo el pensamiento, la luz que alumbrará la soledad inmensa".

¿Por qué esta manía por los versos del poeta católico de la patria oriental? ¿Por qué esa necesidad de penetrar en los misterios de la poesía mediante la repetición actoral? Realmente no lo sé. Sólo puedo pensar que Pío Cigale estaba más loco que el mismo poeta que elaboró esos versos y que al meterse en su abismo interior se encontraba de pronto con esa verborragia romántica que lo subyugaba.

Alguna vez comenté algún texto literario y me dejó llevar ahora por esa misma incipiente pasión; mediante ella llego a entender que la sima del hombre es esa misma tumba, y que sólo el pensamiento lo podrá redimir.

Todo lo anterior lo ignoraba el incauto Cigale quien había llegado apenas al segundo año de primaria. Con sus escasas nociones de ortografía y lectura se acercó al poema del indio de ojos azules, llegó a él y lo disfrutó como únicamente lo había disfrutado el anciano poeta cuando repetía sus versos encendidos ante la contagiosa multitud.

Ahora continuaba diciendo: "Dadme la lira y vamos, la de hierro, la más pesada y negra, ésa, la de apoyarse en las rodillas mientras tiembla el corazón".

Está de más señalar que el ritmo cadencioso de su prosa iba acompañado de unos requiebros de cintura que sólo podían augurar la caída del poeta, mareado por el báquico néctar de los dioses paganos.

Únicamente Zorrilla –recientemente fallecido–, hubiera podido agradecer con lágrimas en los ojos tanta entrega vocacional dirigida hacia sus versos.

Los niños miraban a Pío intrigados y temerosos. Por momentos se imaginaban que en medio de la semipenumbra de la hora iba a aparecer el portador de la lira, tambaleándose igual que Cigale y que de esa tumba iban a salir muertos más charlatanes aún que el propio personaje de nuestra historia.

Pero nada ocurría más allá del temeroso sueño que los aguardaba.

Un día, don Pío Cigale ya no llegó. Su hermano, Pedro Cigale, vino a avisar que estaba internado en un hospital y que luchaba a brazo partido contra los fantasmas imprecisos de la muerte.

Él también estará repitiendo ahora su recio discurso ante los ángeles de Dios, quienes lo observarán confusos y pensarán que la muerte no puede quitar al hombre las ganas inmensas de vivir, vivir aún más allá de la redención misma, más allá del perdón divino y de los versos que fueron su pasión.

Yo también quiero levantar la loza de una tumba y también deseo internarme en ella por un momento al menos para preguntarle a ese bardo ingenuo de versos incompletos, si la manía de alterar las formas de la existencia se aleja con la muerte o permanece arraigada en la vida de cada uno de nosotros. ☹

